TUCAN 10+

# El verano que nos comimos la luna

MARISA LÓPEZ SORIA

edebé

# El verano que nos comimos la luna

Marisa López Soria

# El verano que nos comimos la luna

edebé

© Marisa López Soria, 2011
www.marisalopezsoria.com

© Ed. cast.: Edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia
*Diseño gráfico de cubierta:* César Farrés
*Ilustraciones:* Moisés Yagües

Primera edición: septiembre 2011

ISBN 978-84-683-0167-9
Depósito Legal: B. 20899-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Inmamiga. A Miguel.*
*Para Ignacio, Mariola y Raúl.*
*A Frédéric, siempre.*

# Índice

1. La estupenda oferta del ayuntamiento (Los Restos) ..... 9
2. Una hermana llamada la Chiqui (La noticia) ..... 21
3. La espeluznante historia de Chester (Y otros sinónimos) ..... 29
4. De caniches e individuos (¿Dónde está la Chiqui? ) ..... 41
5. La Chiqui, investigadora por cuenta propia (Aladino) ..... 49
6. Lo que sabemos (Por encima de su cadáver) ..... 59
7. La tía Amelia (Menuda sorpresa) ..... 67
8. Palencia no es Valencia (El encargo) ..... 79
9. Un huevo no es un pollo (La silla de pensar) ..... 85

10. ¿Nombres polisémicos?
(Los cajones de la cabeza) ..... 95
11. El don de la oportunidad
(Ser padrinos)..... 103
12. Tener conocimiento
(Soy donde estoy) ..... 115
13. Listas listas (Y tonterías) ..... 125
14. Benidorm Benidorm
(El mundo es ancho y dorado) ..... 133
15. La perdición de la Chiqui
(Jerigonzas) ..... 139
16. El ángel de Chester (Cristina)..... 149
17. Barullos y algarabías
(La contentura)..... 159
18. Xiu Xiu, la chica amarilla (Colorín) ... 167

# 1
# La estupenda oferta del ayuntamiento (Los Restos)

Se lo digo siempre al Bolo, que no puede ser tan bestia y entrarle así a la gente, pero él como si nada.

—Jefe, ¿cuántas pelas ganas conduciendo el autobús?

Menos mal que Celso ya es amigo y no se molesta, pero mi tía Amelia, que es fina porque trabajó en el extranjero, nos ha repetido mil veces que eso no se hace (preguntar a la gente cosas sobre el dinero). Claro que, si no, no sé cómo se va a enterar el Bolo, que le ha nacido esta vocación y quiere hacer carrera en el transporte público.

—En este oficio no se gana mucho, chaval —ha respondido el conductor sin despistarse

de la carretera—. Y si quieres mi consejo, tú estudia mucho, que esto no es nada del otro jueves. Te lo dice Celso.

Lo que más nos llama la atención es que no se líe a mamporros con algunos impertinentes que suben al autobús. Pero como Celso tiene rodaje y es un profesional, él a lo suyo y con educación.

—Hay que andarse con cien ojos y tener mano izquierda con el personal —comenta echando un vistazo al pasaje—. Que somos muchos y muy diferentes…

Al Bolo le pirra este Celso, bebe sus palabras para empaparse bien del oficio.

Desde que lo conoce, su ilusión es que llegue el domingo, apalancarse a su lado y freírlo a preguntas. Cuánto cobra, qué turnos, cómo maniobra… Eso que lo pone clarito en un letrero: «No hablar con el conductor».

—Oye, Celso, ¿te suena la historia de Ulises? —le pregunta.

(Ese defecto tiene mi amigo, que suele dar

la barrila con el tal Ulises, un tatarabuelo suyo que era héroe.)

—¿De Ulises? ¿Qué Ulises?

—¡El de la mitología griega! —suelta, como si todo el mundo tuviera que saber lo de todo el mundo—. ¡El de *La Odisea!*

El cuento nos lo sabemos de memoria.

—Ulises era un familiar del Bolo que ganó la guerra de Troya —le resumo yo a Celso—. Y luego se distrajo con las musarañas y ¡menuda odisea para llegar a su casa…!

Claro que al Bolo no le gustan mis explicaciones y a Quintanilla, que es un saco de palabras, tampoco. Menos mal que como siempre se coloca al fondo del autobús, ni se ha enterado, con su MP3 en una oreja, y mi hermana dándole la chapa en la otra. Porque a Gao Li, nuestro amigo el chino que está sentado con ellos, es que ni se le oye, oye.

—¿Conque tataranieto de un héroe, eh? —sonríe el hombre—. Pues vaya suerte,

chico. Ya recuerdo, Ulises, Helena de Troya… Lo vi en una película que…

Picó Celso. Porque al Bolo le *refanfinfla* que viera o no viera. Él solo sabe que acaba de encontrar nueva víctima.

—¿Quieres que te lo cuente, Celso? —se le aproxima con secretismo.

¡Como no es plasta el tío! Racarraca, racarraca: que si tan tranquilo que estaba Ulises con su señora Penélope y su hijico Telémaco, cuando le llamaron los griegos a la guerra y tal y cual… Vale que la historia está chulísima, aunque hay que decirlo, con la parentela mi superamigo se repite como el ajo.

Eso que el Bolo es de lo mejor de Los Restos.

Por cierto, se me olvidó presentar a Los Restos.

LOS RESTOS somos las piezas sueltas de la panda que quedamos en verano por el barrio de San Andrés. Esto es: la Chiqui, que es mi hermana, Gao Li el chino, el Bolo, yo

y Quintanilla (el último, el Quinta, porque a veces no se viene).

¿Que dónde están los demás? ¿Dónde van a estar?… ¡Veraneando!

Y porque cuando nos juntamos todos en la plaza del colegio somos mogollón, solo me acuerdo ahora de los hijos del dueño del Banco Pichincha, Melody y John Carlos, que andan por Bolivia en Sudamérica, de Sofi, que está en el campo porque le toca con su padre, o de Álvaro y Lidia, los hijos de la farmacéutica, tan a gusto en La Manga del Mar Menor.

Y con tanta formalidad ya me he despistado de lo que iba a contar, así que será mejor que empiece esta historia por el principio.

La culpa de todo la tuvo el ayuntamiento.

Bueno, culpa culpa no es precisamente (como diría Quintanilla, tan exacto con las palabras), sino que lo que cuento se debió a

que el ayuntamiento de mi ciudad hizo una estupenda oferta en verano para los que no tenemos vacaciones ni vamos de veraneo a nuestra casa de campo o de la playa, sobre todo porque no tenemos casa en el campo ni en la playa.

Conque dijo el ayuntamiento: todos los domingos del verano y durante los meses de julio y agosto, los autobuses son gratis para todo el mundo.

¡Como lo oyes! Transporte público gratuito, por el morro.

Así que, en cuanto nos enteramos los del barrio de San Andrés, a pillar sitio.

Es que en el barrio de San Andrés somos ciento y la madre. Un barrio popular como dice mi tía, en el que hay de lo que pidas.

Por eso mismo tenemos el Mercado de San Andrés, que será pequeño pero mola, y la estación de autobuses de toda Murcia, que paran en mi barrio. Hay dos colegios de pago, el Buen Pastor, donde van los her-

manos Bolinga, y el de Nuestra Señora la Virgen de la Fuensanta, donde van los hijos de la farmacéutica, que usan dos lenguas como nuestro chino los palillos. Luego está el mío, bueno, y el de la Chiqui, el Bolo, y Gao Li, que este sí es público y notorio. Tenemos también centro de salud, y el museo del escultor murciano don Francisco Salzillo, y la ONCE de los pobres ciegos, y mil y un comercios de todos los países del mundo. Además, que mi barrio queda a un tiro de piedra del barrio del Pilar, y del centro de Murcia, donde la catedral.

El caso es que en cuanto la noticia de lo de los autobuses gratis llegó hasta los que este verano quedábamos de la panda en mi barrio, el primer domingo, con el último bocado de paella todavía en la boca, salimos disparados a la parada de autobús, la de la puerta del museo Salzillo. Cierto que los primeros días nos daba igual adónde ir con tal de pasearnos; montábamos en el pri-

mer bus que llegaba, y así nos recorrimos mil pueblos de la huerta, los carriles y sus pedanías. Está chulísimo lo de zascandilear por ahí, que hay que ver la de sitios preciosos e incógnitos que tiene Murcia, de quedarse uno boquiabierto. Lo dice siempre mi tía Amelia, que viajar da mucho mundo. Por eso, que si Torreagüera, que si Algezares, que si Las Torres de Cotillas, que si Puente Tocinos, que si Los Garres, que si El Palmar…, hasta que Quintanilla dijo que se venía con nosotros, y ya hubo concierto, y se encargó de marcar un itinerario-recorrido, una vez que sacó la información de su ordenador. Aunque lo mejor llegó a partir de que nos hicimos amigos del más amable de los conductores, Celso.

Con él nos daba igual la ruta, aunque su línea nos llevara a Alcantarilla.

Con eso, los primeros domingos, los padres se echaban la siesta más a gusto y noso-

tros de picos pardos, la mar de entretenidos, hasta que nos hartábamos y tira para casa, que ya es tarde. Se nos pasaba el domingo volando…

Además que, como digo, conocimos a Celso.

Al principio no te llama la atención, porque Celso no es de hacer chascarrillos, ni bromista ni así, que más bien es un tío serio y calvo. Y aunque parece que pasa mucho de ti y va a lo suyo, al poco de vernos a los tres con la Chiqui (o a los cuatro más una, según le diera a Quintanilla por venirse o quedarse con su ordenador), y con los repasos que le daba el Bolo, por narices que se fijó en nosotros.

Precisamente fue el día que estábamos llegando a Alcantarilla para hacer turismo, cuando Celso se lo repitió por enésima vez:

—Te he dicho ya que te asientes, nenico, no tengamos un disgusto.

Porque el Bolo, allí, de pie junto a él, barrenándole el cerebro y haciendo malabarismos para no caer ni perderse maniobras.

—¿Esa que has puesto es la tercera, Celso?

El hombre remachó el gesto con la palanca, y dijo:

—Esta es la tercera. Y la última vez que te lo digo: ¡Siéntate de una vez! —ordenó; luego, echando un vistazo al vacío del autobús—: ¿Os quedáis en el parque o en la última parada?

—¿Pero me vas a decir cuánto ganas de dinero? —insistió mi sosias con medio culo en el asiento—. Porque a mí este curro me parece la caña.

Cierto que el autobús de Celso es como estar en la playa y, mientras por ahí la gente se achicharra en sus casas o por la calle con la solanera, nosotros en el vehículo, con nuestro aire acondicionado y la música, a tutiplén. Lo que sucede es que Celso no es de los que se las van dando ni se chulea.

—Tú estudia, chaval, y ya hablaremos del negocio más adelante —aconsejó; luego, dirigiéndose a mí—: Lleva *cuidao* con la cría —y se refería a mi Chiqui, que en cuanto me despistaba, correteaba arriba y abajo por el autobús, con las hojas de un periódico.

—Míralo, es Chester —se detuvo mi hermana en un momento a señalar aquella fotografía de la última página.

No le hice ni caso porque habíamos llegado a nuestro destino y había que apearse.

Bajamos en la penúltima parada del autobús, y visto lo visto, ya que éramos los cuatro más una para votar (dijo el Quinta que Alcantarilla significa Puentecillo), decidimos que aunque era un pueblo con una calle muy muy larga, valía mucho por sus fiestas de la Bruja, su Noria, el jardín El Salitre, y por dos bibliotecas estupendas: la de Casa de las Cayitas, y la de la escritora Marisa López Soria del colegio Nuestra Señora de la Salud. ¡Para eso teníamos confeccionada una lista de favoritismos!